

La imagen del digno Rector, Magistrado y Catedrático—católico sincero y fervoroso,—colocada ya en su lugar en el Aula Máxima, se conservará con el cariño y respeto que merece, y será estímulo á todos los que vivimos en estos claustros para cumplir sin vacilaciones nuestros deberes de cristianos y de patriotas.

Soy de usted atento servidor y amigo,

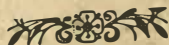
R. M. CARRASQUILLA

ESTATUA AL FUNDADOR

CONTRIBUYENTES

Vienen de la lista anterior.....	\$ 76,817
Rafael Fernández.....	250
Manuel Laserna.....	500
Luis V. González.....	1,000
Luis María Isaza.....	2,000
José María Restrepo Sáenz.....	500
Francisco Rocha Vargas.....	500
Gerardo Arias Mejía.....	400
Emilio Ferrero.....	500
Wenceslao Melendro.....	500
Manuel Gregorio Salazar.....	500
Benjamín Martínez Recuero.....	500
Suma (papel moneda).....	\$ 83,967

Junio 7: 1908.



UNA ACADEMIA AMERICANA

El nuevo mundo no se limita á cultivar tierras, á sembrar trigo y café, á criar rebaños, á hacer empréstitos y revoluciones; procura también imitar á Europa en ciertos institutos históricos destinados por acá á conservar las tradiciones de la cultura intelectual, y funda academias. La

más joven, acaso, de las academias del mundo es la *Academia Brasileira de Lettras*. El Brasil ha tenido, durante los últimos veinte años, una historia bastante agitada. Pero, en medio de sus crisis políticas y económicas, ha hallado tiempo para fundar la Academia, en 1896; inaugurarla el 20 de Julio de 1897, y consagrarle oficialmente por la ley de 8 de Diciembre de 1900, que le ha dado alojamiento en un edificio público y le ha concedido derecho de imprimir todos sus actos en la *Imprensa Nacional*, á costa del Estado.

Nadie censurará á los brasileros por no haberse inspirado en modelo ilustre al fundar su reciente instituto. La Academia brasilerá tiene cuarenta individuos. El nuevo académico se recibe con una ceremonia que no necesita descripción para los lectores parisienses. El electo debe pronunciar un elogio de su predecesor, y la Academia delega á uno de sus miembros para que conteste. Aunque los fines de la corporación son preferentemente literarios—redacción de un diccionario, estímulo á las letras,—no se compone exclusivamente de literatos de oficio, sino que cuenta en su seno hombres políticos y aun personajes de familias ilustres, conocidos por su cultura y afición á las disciplinas intelectuales.

Los letrados, como es natural, forman la mayoría de la Academia. El Presidente es Machado de Assis, novelista insigne, universalmente admirado como decano de la literatura brasilerá. Entre los académicos se cuentan Graça Aranha, autor de *Chanaam*, el más celebrado entre los escritores de la nueva generación; Verissimo, el más competente de los críticos literarios; poetas, como Bilac y Azevedo; historiadores, como Ribeiro y Oliveira Lima. Junto con ellos, figuran en la Academia el barón de Rio-Branco, Ministro de Relaciones Exteriores, geógrafo é historiador distinguido; el almirante Jaceguay, jefe de una de las escuadras marítimas; Ruy Barbosa, tan brillante como plenipotenciario del Brasil en el Congreso de La Haya; Joaquín Nabucco, embajador en Washington. Nabucco es, á

un tiempo, diplomático, orador y escritor; su libro titulado *Pensées détachées et souvenirs* es tan bueno y en tan buen francés está escrito, que lo coronó la Academia francesa. A la brasilerá pertenece, en fin, el Sr. Souza Bandeira, uno de los más célebres abogados de Río.

Ya sé que estas líneas harán sonreír á más de un lector europeo. Una copia tan exacta de la Academia francesa en Río Janeiro produce en los hombres cultos del antiguo mundo la impresión de una caricatura; algo así como aquella reproducción del Coliseo que proyectaron para la Exposición de Chicago. Las tentativas de imitar lo que es fruto de antiquísimas tradiciones históricas, nos choca y desazona. No admitimos, en aquel terreno, sino la creación de institutos nuevos, que tengan elementos de duración y que se creen á la larga sus propias tradiciones.

Tal fue mi primera impresión. Pero cambié de parecer cuando pude estudiar de cerca la Academia y la sociedad que le dio el sér. No basta á las que llamamos naciones jóvenes de América tener tierras, minas, selvas, inmigrantes: necesitan cultura intelectual, porque, sin cultura intelectual, no es posible ni en Europa ni en América que un Estado se organice y viva. Hay ciertas ideas fundamentales sobre la vida que no pueden introducirse y desarrollarse en los espíritus sino por medio de la literatura, el arte, la filosofía y las ciencias especiales que de ellas se derivan. La cultura superior no es un lujo, es una fuerza indispensable de cohesión política; porque contribuye eficazmente, á lo menos en las situaciones normales, á producir en la nación aquella relativa uniformidad intelectual y moral que, sin perjuicio de la discusión y el progreso, hace posible la labor colectiva. Sin duda que la cultura tiene campo menos dilatado que la religión; pero, para medir su importancia, basta comparar los pueblos europeos, que viven bajo la influencia combinada de la religión y de la cultura intelectual, con otros pueblos—los mahometanos

por ejemplo—que no poseen más fuerza cohesiva que la religión (1).

Las naciones del nuevo mundo deben, pues, esforzarse por adaptar los elementos esenciales de la cultura europea á las condiciones peculiares de su vida social. Mas la facilidad con que, entre nosotros, cada generación hace sufrir á nuestra cultura las transformaciones impuestas por el desarrollo constante de cuanto hay, impide á los europeos hacerse cargo de lo difícil que es para los americanos aquella adaptación. La facilidad de transformarse parece ser propia de las naciones de civilización antigua, como la facultad de producir riquezas es privilegio del nuevo mundo. En aquellas comarcas inmensas, donde los refinamientos y los vicios de la civilización más avanzada se codean con las rudas asperezas de la vida primitiva, donde se mezclan razas y lenguas, donde no hay nada estable, es muy difícil distinguir, en un momento dado, lo permanente de lo precario; lo esencial, del accidente momentáneo.

Por tal razón, en la vida moral é intelectual de aquellas naciones se observan curiosas oscilaciones. Ya se someten á la influencia europea más de lo conveniente á sus verdaderos intereses y á las diferencias esenciales que median entre los dos mundos; ya reaccionan contra nuestro influjo excesivo con desconfianza y desprecio que les hacen mucho daño. El fenómeno se verifica sobre todo en asuntos políticos. Para crear gobiernos fuertes, de acción pronta y que no caigan en los excesos de la tiranía, aquellas naciones han imitado la constitución de América septentrional, y han vuelto, al cabo de tantos siglos, á los principios esenciales de la República romana que concedía á la autoridad facultades casi dictatoriales, pero limitaba la duración de los gobernantes.

(1) El atraso de aquellos pueblos no viene sólo de la falta de cultura, sino de la religión mahometana, que con sus dogmas absurdos oscurece la mente; con la doctrina fatalista, paraliza la actividad; con la moral sensualista, corrompe las costumbres.—N. DE LA R.

El Estado tiene poderes amplísimos, pero las personas que lo representan cambian periódicamente. Creo que semejante gobierno es el mejor de todos para naciones donde es preciso que la autoridad proceda con enérgica rapidez. Pero si se han dado el gobierno que necesitan, no tienen la política que corresponde á ese gobierno. Leen demasiado nuestros libros de derecho constitucional, se inspiran más de lo preciso en la filosofía política europea, que se deriva del imperio romano del segundo siglo y no de la república antigua; derecho que reviste á la autoridad de un carácter más y más jurídico, que la somete á estatutos, leyes, reglamentos muy detallados que quieren prever todos los casos posibles.

Esta contradicción entre la doctrina y la práctica engendra inconvenientes más graves de lo que parece. Suele ser causa de ciertas dificultades políticas que irritan gravemente á los europeos.

Ahora sí comprenderán los lectores por qué mi impresión del primer momento acerca de la Academia brasilera fue cambiando á medida que fui enterándome de cómo son las cosas. La precitada Academia es fruto de una tentativa notable para resolver, en lo literario, histórico y filosófico, el problema de la cultura nacional, que atormenta á aquellas naciones recién nacidas. Por el nombre que ha tomado, por su organización, por sus aspiraciones, la Academia brasilera es un homenaje á la civilización europea, á la francesa sobre todo; un homenaje que Europa haría muy mal en desdeñar. Cuando uno advierte en ambas Américas la tendencia creciente de las generaciones nuevas á considerarnos como pueblos decrepitos y muertos, siente consuelo al encontrar un grupo de hombres eminentes que reconocen que las fuentes del saber se hallan todavía en Europa. Poniendo mientes en las personas que componen la Academia brasilera y sus tendencias intelectuales, se reconoce un esfuerzo interesante por adaptar los elementos

esenciales de la cultura europea á una sociedad incipiente, que se halla en condiciones muy diversas, venciendo así la dificultad más grave que se opone, en las naciones nuevas, á la formación de una verdadera cultura nacional.

Conocí, en mi último viaje, muchos miembros de la Academia— todos los que residen en el Brasil,—y he leído con detenimiento sus principales obras. Dos cosas me han llamado la atención en el trato con los autores y en el estudio de sus libros: un profundo conocimiento de la cultura europea en todas sus manifestaciones, un entusiasmo sincero por ella; y, al propio tiempo, el amor patrio más apasionado, el esfuerzo de todos por imprimir á todo linaje de obras carácter común y acentuado de originalidad nacional.

No diré que todos los escritores logren igual éxito en su empresa. Hay obras bellísimas, que honrarían á cualquier literatura europea, como las novelas de Machado de Assis, de que el Brasil se enorgullece con razón. En cambio hay obras mediocres, y menos que medianas. Sin embargo, aquel cariño encendido al suelo natal, aquel estudio tan profundo de las literaturas europeas, dan á todos aquellos libros un carácter simpático para todo lector del viejo mundo.

La Academia brasilera puede, pues, contarse entre los institutos de aquella nación dignos de que el extranjero los estudie. Muestra que el Brasil es la república de América meridional que ha trabajado mejor en favor de su propia cultura, y es un hecho que debe tenerse en cuenta para juzgar del porvenir político y económico de aquella nación inmensa, tan vasta en extensión como la Europa entera.

GUILLERMO FERRERO

Abril, 1908

